

## CAPITULO XI.

### ALFONSO VIII. EN CASTILLA.

#### ALFONSO IX. EN LEON (1).

#### PEDRO II. EN ARAGON.

De 1188 á 1212.

Alfonso IX. de Leon es armado caballero por su primo Alfonso VIII. de Castilla.—Confedéranse los reyes de Portugal, Aragon, Navarra y Leon: casa este último con doña Teresa de Portugal.—Aislamiento en que quedó el castellano.—Atrevida irrupcion de Alfonso VIII. en Andalucía.—Temerario reto que dirigió al emperador de Marruecos: contestacion del musulman.—Venida de Aben Yussuf á España con grande ejército.—Funesta derrota de los castellanos en Alarcos.—Guerra entre los reyes de Leon y de Castilla.—Disuélvese el matrimonio de Alfonso de Leon con la princesa de Portugal, y se casa con doña Berenguela de Castilla: reconciliacion entre los dos monarcas.—Muerte de Alfonso II. de Aragon: su testamento: proclamacion de Pedro II.—Manda el papa disolver el matrimonio de don Alfonso y doña Berenguela: resistencia de los dos principes: fulmina excomunion contra ellos: se separan.—Es excomulgado tambien el rey Sancho el Fuerte de Navarra: va el navarro á Marruecos: pierde entretanto la Guipúzcoa y Alava.—Matrimonio de doña

(1) Aun cuando en el orden cronológico tocaba á este Alfonso ser el VII. de Leon, como reinaba ya un Alfonso VIII. en Castilla, y los dos reinos vinieron á unirse despues en una misma casa real, como ya lo habian estado antes, los autores adoptaron el número de unos reyes para la serie de los otros, haciendo de todos ellos una misma numeracion cronológica.

Blanca de Castilla con el principe Luis de Francia: de doña Urraca su hermana con el principe Alfonso de Portugal.—Vuelve el navarro: crítica situacion en que se vé: hace paces con el de Castilla.—Funda Alfonso VIII. la universidad de Palencia.—Rompe la tregua contra los moros: venida de un grande ejército sarraceno: apodérase de Salvatierra; prepárase Alfonso para una gran campaña.—ARAGON: Reinado de Pedro II.—Va á coronarse á Roma por mano del papa: hace su reino tributario de la Santa Sede.—Opónense los aragoneses, y se ligan á la voz de *Union* para sostener los derechos del reino.—Matrimonio de don Pedro con doña Maria de Mompeller.—Ruidosas consecuencias de este enlace: intervencion del pontífice.—Guerra de los albigenses en Francia: parte que toma en ellas el aragonés: el papa Inocencio III.: principio de la Inquisicion.

Proclamado que fué Alfonso IX. rey de Leon, jóvon entonces de 17 años, ó por ganar la voluntad de su primo el de Castilla, ó porque este le requiriese á ello, ó por tener quien le amparase contra el de Portugal, presentóse en las córtes que aquel año (1188) celebraba Alfonso VIII. en Carrion, y besó respetuosamente la mano del de Castilla, y recibió de él la espada y el cinturon de caballero, lo cual tradujo el castellano por un acto de reconocimiento de homenaje, de que hubo de pesarle despues al de Leon, y fué causa de ulteriores desavenencias entre los dos primos.

En aquellas mismas córtes y casi al propio tiempo que el leonés, fué tambien armado caballero por mano del de Castilla el principe Conrado de Suabia, hijo del emperador de Alemania Federico Barbaroja, que habia venido á celebrar sus desposorios con la infanta doña Berenguela primogénita de Alfonso VIII.

Las capitulaciones matrimoniales de éstos dos príncipes habían sido ajustadas en Alemania y solemnemente juradas por los representantes de los dos soberanos sus padres<sup>(1)</sup>. En su virtud se celebró el matrimonio del príncipe alemán con la princesa castellana; mas como doña Berenguela manifestase haberse hecho esta union sin su consentimiento y muy contra su voluntad, y resistiese consumir su matrimonio, hizose valer para el pontífice el parentesco aunque remoto, pues lo era en quinto grado, que entre los dos jóvenes desposados mediaba, y una sentencia de nulidad que dejó á los dos esposos libres vino, como providencialmente, á impedir que fuera llevada á estrañas tierras la ilustre princesa que reservaba el cielo para dar lustre y gloria á Castilla. Volvióse Conrado á Alemania, y disuelto el matrimonio por el arzobispo de Toledo y el legado de la Santa Sede, doña Berenguela quedó como *innupta*, que es la espresion del historiador arzobispo.

La fortuna con que el castellano había ido engrandeciendo su poder escitó los celos de los soberanos sus vecinos, los cuales por otra parte no estaban satisfechos de la escrupulosidad del de Castilla en la observancia de las alianzas y pactos. Una confederacion de príncipes cristianos, todos parientes entre sí, comenzó á formarse contra él. Dió el primer paso

(1) Mondejar trae el texto íntegro de estas capitulaciones en el capítulo 56 de sus Mem. Hist. de don Alfonso el Noble.

Sancho el de Portugal proponiendo su alianza á Alfonso II. de Aragon, en ocasion de hallarse este celebrando córtes en Huesca (1188). Aceptóla el aragonés escitando al de Portugal á que comprendiera en ella al de Leon. Con esta respuesta y con el indicado fin se propuso el aragonés hacer entrar en la liga al de Navarra, á quien no faltaban nunca agravios, ó fundados ó supuestos, que vengar del castellano, y se reconcilió con él en Borja, cangeándose para mútua seguridad, segun costumbre de aquellos tiempos, un determinado número de castillos (1189). Admitido el leonés á la proyectada alianza, quiso estrechar sus relaciones con el de Portugal enlazándose con su hija mayor doña Teresa, jóven hermosa, dice el historiador de las reinas católicas, «que arrebatava la atencion de cuantos la miraban, y que á sus gracias naturales unia un juicio y una discrecion superiores á su edad, con unas dotes y prendas sobrenaturales en el alma que la hacian parecer una imágen pintada por mano del soberano artífice para tener en ella sus delicias<sup>(1)</sup>.» Las bodas de Alfonso IX. de Leon con la princesa de Portugal se celebraron á fines de 1190. Con esto los tres soberanos de Aragon, Portugal y Leon procedieron á realizar un tratado de paz y amistad (1191), en que acordaron no hacer guerra, paz ni tregua sino de comun consentimiento y con apro-

(1) Florez, Reinas Católicas, tom. I.

bacion de todos tres monarcas <sup>(1)</sup>. Quedó de esta manera aislado y solo el de Castilla, que sin embargo tuvo ánimo y resolucion para hacer atrevidas irrupciones por las tierras de Andalucía, causando no pocos estragos á los moros de Ubeda, Jaen y Andújar, ya en persona, y acompañado de los caballeros de Calatrava, ya ejecutándolas de orden suya el arzobispo de Toledo don Martin de Pisuerga, que se hizo célebre capitaneando una de estas expediciones; que debia ser este prelado mas dado á los activos afanes del guerrero que á las ocupaciones tranquilas del apóstol.

Aprovechando Alfonso VIII. la ocasion de hallarse ausente de España el emperador de los Almohades Yacub ben Yussuf, avanzó arrojadamente en 1194 por enmedio de los dominios musulmanes hasta las playas de Algeciras, como en otro tiempo Alfonso el Batallador habia llegado á las de Málaga, y desde alli escribió al gran emperador de Marruecos la siguiente arrogante carta: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso: el rey de los cristianos al rey de los musulimes. Puesto que segun parece no puedes venir contra mí ni enviar tus gentes, envíame barcos, que yo pasaré con mis cristianos donde tú estás, y pelearé contigo en tu misma tierra, con esta condicion, que si me vencieres seré tu cautivo y tendrás gran-

(1) Zurita, Anal., lib. II., cap. 43 y 44.—Garivay, Comp. histórico, lib. XII.—Mondejar. Crónica de Alfonso VIII. cap. 69.—Soussa, Brandaon, Brito, Herculano, en las Hist. de Portugal.

»des despojos, y tú serás quien dé la ley; mas si yo salgo vencedor, entonces todo será mio y seré yo quien se la dé al islam <sup>(1)</sup>.»

Enfurecido Aben Yussuf con este atrevido reto, hizo leer la carta á todas sus cabilas, almohades, alárabes, zenetes y mazamudes, y todas como él centellearon de ira pidiendo venganza contra el audaz cristiano; y llamando á su hijo Cid Mohamed, su futuro sucesor, le mandó escribir al respaldo de la carta de Alfonso siguiente: «Dijo Alá Todo Poderoso: Revolveré contra ellos y los haré polvo de podredumbre con ejércitos que no han visto y de los cuales no podrán escapar, y los sumiré en profundidad y los desharé.» Entregó Aben Yussuf la carta á un mensajero para que la llevase, mandó sacar la espada grande y el pabellon rojo, escribió á todas las provincias de Almagreb para que acudiesen al alghed ó guerra santa; vinieron, dicen sus crónicas, los moradores de los altos montes y de los valles profundos de todas las regiones, ordenó sus taifas, y saliendo de Marruecos el 18 de Giumada primera 501 (1195), se embarcó aquella infinita muchedumbre para Algeciras, donde se detuvieron solo un dia, no queriendo el emperador dar lugar á que se enfriase el fervor de que venian poseidos los soldados para la santa guerra. El rey de Castilla se habia retirado á Toledo, y con noticia de las inmensas fuerzas enemigas que venian sobre

(1) Conde, part. III., c. 51.

él <sup>(1)</sup>, pidió apresuradamente auxilio á los de Leon, Navarra, Aragon y Portugal, exponiéndoles que en ello iba la comun libertad, y que la causa de la religion debia sobreponerse á todas sus anteriores discordias. Prometiéronle aquellos príncipes que le auxiliarian con todas sus fuerzas, y que ellos mismos irian á reunírsele á Toledo. Por fortuna suya acababa de morir Sancho V. el de Navarra llamado el *Sábio*, y de ocupar el trono su hijo don Sancho nombrado el *Fuerte*, con quien no habia mediado todavía choque ni disension alguna.

Avanzaba entretanto la inmensa morisma conducida por Aben Yussuf, á quien habian puesto el sobrenombre de Almanzor. Viendo el de Castilla que los demas príncipes tardaban en llegar con sus respectivas huestes no tuvo paciencia para esperarlos, y adelantándose á observar la marcha de los Almohades se encontró con el grande ejército musulman á la vista de Alarcos. A la imprudencia de salir solo de Toledo añadió la de desatender las razones de los que le aconsejaban que no entrase en batalla hasta que llegase la gente de Navarra y de Leon. O le pareció que no debia mostrar cobardía retirándose,

(1) «Llenó (dice el arzobispo don Rodrigo) los campos de varias lenguas, pues se formaba su ejército de parthos, árabes, africanos, Almohades... Su ejército era innumerable, y como la arena del mar la muchedumbre.» Lfb. VII. capítulo 29.— «Juntó Aben Jacob, (dice Luis del Mármol) cien mil de á caballo y trescientos mil peones, y pasando con ellos á España fué á Córdoba... etc.» Hist. de Africa, lib. II.

siendo el primero que habia desafiado al mahometano, ó no quiso que tuviera otro parte en la gloria si salia victorioso. Ello es que se determinó á aceptar la batalla, siendo sus fuerzas tan inferiores en número á las del enemigo. Fuese presuncion, imprudencia ó excesiva ambicion de gloria, bien cara costó su temeridad á los cristianos.

«Las haces de ambos ejércitos estaban ordenadas para el combate cuando alumbró los campos de Castilla el sol ardiente del 19 de julio. Los musulmanes ocupaban la llanura; los cristianos un altozano inmediato á la fortaleza de Alarcos. De allí se destacó una columna de siete á ocho mil caballos cubiertos de hierro, armados los ginetes de escamadas lorigas, y de acerados y lucientes cascos, los cuales crugiendo sus armas acometieron con tal furia y denuedo la hueste de los musulimes que las lanzas musulmanas apenas pudieron resistir el impulso de los pechos de los aferados caballos: retrocedieron un poco y volvieron á la carga, y otra vez fueron rechazados. Disponíanse los musulmanes á recibir la tercera embestida cuando el gefe de los árabes Ben Senanid gritó: «Ea, musulimes, ánimo y constancia: Alá afirmará vuestros pies »contra esta acometida.» Pero arremetieron los cristianos con tal corage y pujanza al centro en que iba Yahia, creyendo que estaba allí el Emir Almumennin, que rompieron y desbarataron el escuadron de los valientes musulimes, y el mismo caudillo Yahia mu-

rió peleando por su ley. Los cristianos hacían atroz matanza en los de la tribu de Houteta y Motavah, á quienes Allah anticipó aquel día las delicias del martirio, dice el historiador árabe <sup>(1)</sup>. Oscurecióse, añade, el día con la polvareda de los que peleaban. Acudieron á este tiempo las cabilas de voluntarios alárabes, algazares y ballesteros, y rodearon con su muchedumbre á los cristianos y los envolvieron por todas partes. Senanid con sus andaluces, zenetes, mazamudes, gomares y otros, avanzó al collado en que estaba Alfonso, y allí rompió y deshizo sus tropas infinitas que eran mas de trescientos mil entre caballería y peones <sup>(2)</sup>. Allí fué muy sangrienta la pelea, y los que sufrieron mas terrible matanza fueron unos diez mil caballeros escogidos que llevaban el estandarte de Alfonso <sup>(3)</sup>. En lo mas recio y empeñado del combate los cristianos, viéndose ya perdidos, trataron de acogerse al collado en que estaba Alfonso como buscando su amparo, y allí encontraron á los musulmes que les habian cortado la retirada..... Algunos alárabes corrieron á la tienda encarnada del Miramolin y le dijeron: «Ya derrotó Dios á los infieles.»

«A esto salió Aben Yussuf Almanzor con sus Almo-

(1) Ebn Abdelalim, l. c.

(2) Entre todos los ejércitos cristianos no hubiera podido reunirse este número, cuanto mas siendo solos los castellanos los que dieron este combate. A no dudar, así los cronistas cristianos como

los historiadores árabes han exagerado la cifra de los que peleaban en las filas enemigas.

(3) Sin duda los nobles de Castilla y los caballeros de las órdenes militares.

hades, y metióse rompiendo por entre los cristianos donde todavía peleaba Alfonso, sosteniendo con heroica constancia la horrorosa lid. Cuando éste sintió el ruido de los atambores á su derecha, y vió la bandera blanca de los Almohades preguntó: «¿Qué es esto?» y le respondieron:—«¿Qué ha de ser, enemigo de Dios? El emir de los fieles que te ha vencido.»

«Apoderóse el terror de los cristianos, y volvieron la espalda siguiéndoles los musulmes al alcance y haciéndoles apurar hasta las heces la copa de la muerte. Cercaron esta fortaleza de Alarcos creyendo que Alfonso estaba dentro, pero habia entrado por una puerta y salido por otra. Los vencedores penetraron, quemadas las puertas, con los alfanges desnudos, matando infinito número de enemigos, cautivando mugeres y niños, y apoderándose de las armas, caballos, mantenimientos y riquezas que allí habia. Dió libertad Aben Yussuf á veinte mil cautivos, cosa que desagradó mucho á los Almohades, y miráronlo todos como una de las estravagancias caballerescas de sus reyes, dice Ebn Abdelhalim. Fué esta insigne y gloriosa victoria, añade, miércoles 9 de Xaban del año 594 (19 de julio de 1195). Habian mediado entre esta y la famosa batalla y matanza de Zalaca 112 años.»

La descripción que de la batalla de Alarcos hacen las crónicas cristianas es casi la misma, aparte de algunos incidentes. Ellas confiesan haber muerto mas de veinte mil cristianos: elogian los prodigios de valor

que hicieron las órdenes militares, y por esto mismo perdieron casi todos sus caballeros. La desastrosa jornada de Alarcos es una de las páginas tristes de la historia española <sup>(4)</sup>.

Alfonso de Castilla, con las reliquias de su destruzada hueste, se retiró á Toledo, donde encontró ya al rey de Leon con su gente. Las contestaciones que mediaron entre ambos monarcas debieron ser algo ásperas y desabridas, y acaso se hicieron recíprocos cargos, el uno por no haberle acudido á tiempo, el otro por no haberle esperado. Es lo cierto que las disposiciones de unos y otros príncipes cristianos entre sí no debian ser muy benévolas y amistosas, puesto que á muy poco de la desventurada batalla de Alarcos vemos á los dos monarcas de Leon y de Navarra romper abiertamente con el de Castilla, invadiéndole simultáneamente y por distintos puntos su reino, al castellano entrarse á su vez por las tierras del de Leon, tomarse mutuamente poblaciones, devastar sus respectivos dominios, y enredarse por espacio de tres años, especialmente los dos primos de Castilla y Leon, en una lucha miserable y funesta, que á mas de los naturales estragos dió ocasion y lugar á que por dos veces el terrible emir de los Almohades viniera de Africa á España, y talára en la una las comarcas de Toledo, Alcalá, Madrid, Cuenca y Uclés, y asolára en la

(4) Chron. Coimbric.—Id. Comdrigo, loc. cit.  
post.—Anal. Toledan.—Don Ro-

otra los territorios de Maqueda, Talavera, Santa Olla, Plasencia y Trujillo, volviéndose soberbio y envaneído con unos triunfos que debia solo á las miserables discordias de los cristianos. No nos detendremos en dar cuenta, por pasajeras é insubsistentes, de las alianzas y treguas que en este intermedio celebraron unos y otros, ya entre sí, ya con el mismo príncipe de los infieles, tratos que el interés del momento á cada uno dictaba; y diremos solo, que al cabo de estos tres años de porfiadas y fatales luchas, los dos Alfonsos de Castilla y de Leon, que eran los que mas encarnizadamente se combatian, oyeron al fin mas sanos y prudentes consejos, y por mediacion de los señores y prelados de ambos reinos vinieron á términos de ajustar las bases de una reconciliacion y de establecer la paz de que tanto necesitaban ambos estados.

Pareció el mejor medio para asegurarla el matrimonio del rey de Leon (disuelto como estaba ya su primer enlaçe con doña Teresa de Portugal por bula pontificia) con la infanta doña Berenguela, la hija del de Castilla, la desposada en otro tiempo con el príncipe Conrado de Alemania. Vino en ello gustoso el leonés; no así el de Castilla, ya fuese por enojo que conservára al de Leon, ya por miramiento, como dicen las crónicas, al parentesco en grado prohibido entre los dos príncipes. Mas la reina doña Leonor de Castilla, menos escrupulosa en este punto que su esposo, y mas previsora y sagaz, comprendiendo que era el